

ONTOGÉNESIS DEL INTERÉS POR EL DINERO. (1914).



Sándor Ferenczi

Cuanto, más progresa el psicoanálisis en el conocimiento de la psicología de los pueblos y de sus producciones (mitos, cuentos, folklore), más se confirma el origen filogenético de los símbolos que, como un precipitado de las experiencias vividas por las generaciones precedentes, emergen en la vida psíquica de cada individuo. Sin embargo, le corresponde aún al psicoanálisis la importante tarea de explorar separadamente la filogénesis y la ontogénesis del simbolismo para establecer a continuación sus relaciones mutuas. La fórmula clásica “Daimon kai tyche” según el uso que hace de ella Freud, o sea, la participación de la herencia y de lo adquirido en la formación de las tendencias individuales, podrá finalmente aplicarse también a la génesis de estos contenidos psíquicos; y esto pone además sobre el tapete la vieja controversia de las “ideas innatas”, pero esta vez no bajo la forma de especulaciones huera. Podemos prever desde ahora que la constitución de un símbolo necesita, además de la predisposición congénita, experiencias individuales que proporcionen los materiales propiamente dichos a la formación simbólica, no teniendo probablemente esta tendencia congénita anterior a la experiencia más que el valor de un mecanismo hereditario que aún no funciona.

Desearía examinar aquí la cuestión siguiente: ¿cómo y en qué medida la experiencia individual favorece la transformación del erotismo anal en interés por el dinero?

Todo psicoanalista conoce bien el significado simbólico del dinero, descubierto por Freud. “Dondequiera que ha dominado o subsiste el modo de pensamiento arcaico, en las antiguas culturas, los mitos, los cuentos y las neurosis, el dinero se pone en estrecha relación con las materias fecales.”

Freud adelanta, en paralelo con estos fenómenos en la psicología individual, la relación profunda que existe entre la erogeneidad fuertemente marcada de la zona anal en la infancia y un rasgo de carácter que se desarrolla más tarde, *la avaricia*. Los individuos que son particularmente *ordenados, ahorradores y tercos* muestran, cuando se realiza la investigación analítica de su primera infancia, que formaban parte de esos bebés “que se resisten a vaciar sus intestinos porque obtienen de la defecación un cierto placer”, a los cuales, algunos años más tarde, “el retener sus deposiciones les procuraba placer” y que recuerdan haber hecho en su infancia “cosas poco convenientes con las materias fecales diariamente exigidas”. “Entre complejos aparentemente tan diferentes como la defecación y el interés por el dinero parecen existir relaciones muy abundantes.”¹

La observación del comportamiento de los niños y la investigación analítica de los neuróticos nos permite, pues, situar los jalones sobre la vía según la cual lo que posee el ser humano como más precioso se convierte para el individuo en un símbolo de “la cosa más despojada de valor, que el ser humano rechaza de sí como un desperdicio”.²

La experiencia extraída de estas dos fuentes muestra que, al principio, el niño dirige su interés sin ninguna inhibición hacia el proceso de la defecación y que el retener sus deposiciones le proporciona placer. Las materias fecales detenidas de este modo son realmente las primeras “economías” del ser en desarrollo y permanecen como tales en correlación inconsciente permanente con tal actividad física o mental que tiene

1.- Freud, “Charakter und Analerotik”, 1908 (*Ges. Schr.*, t.VI).

2.- Freud, *op. cit.*

algo que ver con la acción de reunir, acumular y ahorrar.

Las heces son, además, unos de los primeros *juguets* del niño. La satisfacción puramente *auto-erótica* que proporcionan al niño el empuje y la presión ejercidas por la masa fecal, así como el juego de los músculos esfinterianos, no tarda en transformarse -al menos en parte- en una especie de *amor objetal*, desplazándose su interés de la percepción intransitiva de algunas sensaciones orgánicas sobre la materia que ha provocado tales sensaciones. Las heces son, pues, “introyectadas”, y en este estadio del desarrollo que se caracteriza esencialmente por una mayor agudeza visual y por una habilidad creciente de las manos mientras persiste la incapacidad de caminar de pie (se desplaza a gatas), son considerados como un juguete precioso del que sólo pueden desacostumbrarle la intimidación y las amenazas. El interés del niño por sus deposiciones sufre su primera distorsión debido a que el *olor* de las heces se le hace desagradable e incluso le repugna. Esto está probablemente en relación con el comienzo de la marcha vertical.³

Las demás características de esta materia: humedad, color, viscosidad, etc., no ofenden provisionalmente su sentido de la limpieza. Así, en cualquier ocasión, enreda y juega con el *barro* húmedo que le gusta reunir en un montón. Este montón de barro es ya, en cierta medida, un símbolo que se diferencia de la cosa propiamente dicha por la ausencia de olor. Para el niño, el barro es en cierto modo materia fecal desodorizada.

A medida que crece su sentido de la limpieza, el barro -sin duda con el concurso de medidas pedagógicas- se hace también desagradable para el niño. Las sustancias que debido a su viscosidad, su humedad y su color, podrían dejar rastro duradero en su cuerpo o en sus vestidos, son despreciadas y evitadas en tanto que “cosas sucias”. El símbolo de las heces debe sufrir, pues, una nueva deformación, una deshidratación. El interés del niño va a dirigirse hacia la *arena*, que, manteniendo el color de la tierra, está seca y es más limpia. Los adultos, que se complacen en ver a los niños, a menudo indisciplinados, jugando tranquilamente durante horas con la arena, racionalizan y ratifican tras la extrañeza la alegría instintiva de los niños en reunir, amontonar y modelar la arena declarando este juego “sano”, es decir, higiénico.⁴ Y sin embargo, el juego con la arena no es otra cosa que un símbolo coprófilo, excrementos desodorizados y deshidratados.

Por lo demás, a partir de este estadio del desarrollo, no resulta raro “un retorno de lo rechazado”. El niño encuentra un gran placer en llenar de agua los agujeros cavados en la arena y en acercarse de este modo la materia de su juego a su estadio acuoso primitivo. Los niños utilizan con bastante frecuencia su propia orina para esta irrigación, como si quisieran subrayar de este modo claramente la afinidad de ambas materias. Incluso el interés por el olor específico de los excrementos no cesa de golpe, sino que solamente queda desplazado por otros olores más o menos análogos. Los niños continúan oliendo con predilección las materias viscosas de perfume característico, sobre todo el producto descompuesto de fuerte olor que proviene de la caída de las células epidérmicas que se acumulan entre los dedos de los pies, la secreción nasal, el cerumen de las orejas y la suciedad de las uñas; algunos no se contentan con amasar y olfatear estas sustancias, sino que las meten incluso en su boca. Es conocido el vivo placer que siente el niño al modelar la masilla (color, consistencia, olor), la pez y el alquitrán. Conocía un muchacho que buscaba apasionadamente el olor característico de las sustancias de caucho y que podía olfatear durante horas enteras un trozo de goma de borrar.

3.- Freud considera que el rechazo del erotismo anal y del placer olfativo en la especie humana es una consecuencia de la marcha vertical, del alejamiento del suelo en la posición erecta.

4.- La tendencia a disimular por eufemismo las inclinaciones coprófilas bajo el término de “higiénico” está muy extendida. Es conocido el comportamiento, por lo demás inofensivo, de las personas susceptibles de la exoneración que dedican gran parte de su interés a la regulación de sus funciones intestinales; a decir verdad, tales sujetos caen con facilidad en lo que se ha llamado “hipocondría de defecación”. Toda una serie de análisis me han convencido de que la *hipocondría* es, en realidad, en muchos casos un *producto de fermentación del erotismo anal, un desplazamiento de los intereses coprófilos no sublimados de sus objetos primitivos sobre otros órganos y otros productos del cuerpo, conjuntamente con una alteración del índice de placer*. La elección del órgano sobre el que se aplica la hipocondría se halla además determinada por factores específicos (complacencia somática, fuerte erogeneidad del órgano “enfermo”, etc.).

En esta edad -y a decir verdad incluso más tarde-, los olores de la cuadra y las emanaciones del gas del alumbrado agradan enormemente a los niños, y no es casualidad el que la creencia popular considere los lugares donde flotan tales olores como “sanos”, incluso hasta como remedios para las enfermedades. Los olores del gas del alumbrado, del alquitrán y de la trementina son el punto de partida de un camino específico hacia la sublimación del erotismo anal: la predilección por las sustancias de olor agradable, por los perfumes, con la que acaba el desarrollo de una formación reaccional (representación, por el contrario). Además, aquellos en quienes tiene lugar este género de sublimación, se convierten a menudo en *estetas*, y no existe duda alguna de que la estética por lo general tiene su raíz más profunda en el erotismo anal rechazado. El interés estético y lúdico, que brota de la misma fuente, contribuye frecuentemente al placer creciente de pintar y de modelar escultura.⁵

Durante los períodos de interés coprófilo por el barro y la arena, llama la atención el que los niños traten de formar objetos con estas materias -en tanto se lo permite su habilidad rudimentaria- o más exactamente de reproducir objetos cuya posición tiene para ellos un *valor* especial. Hacen con ellos diversos artículos, pasteles, bombones, etc. El afianzamiento del impulso puramente egoísta sobre la coprofilia comienza en este período.

Poco a poco, los progresos del sentido de la higiene hacen incluso a la arena desagradable para el niño, y entonces comienza la *edad de la piedra* infantil: la recogida de pedruscos de forma y color lo más hermosos posibles, con lo cual la formación sustitutiva alcanza un grado más elevado de desarrollo. Lo fétido, lo oscuro y lo blando son representados por algo inodoro, seco y además duro. Únicamente el hecho de que las piedras, al igual que el barro y la arena, se recojan *en la tierra* nos recuerda todavía el origen propiamente dicho de esta manía. La significación capitalista de los pedruscos es ya muy importante. (Los niños están “cubiertos de oro” en el estricto sentido del término.⁶

Tras las piedras, son los productos manufacturados los que se convierten en objeto de acumulación, y sólo a partir de entonces el desinterés por el suelo es casi total. Las canicas, los botones,⁷ os huesos coleccionados ávidamente, y esta vez en no sólo por su valor intrínseco, sino también como valor-muestra, de alguna manera como *moneda* primitiva, que va a transformar el *trueque* practicado hasta entonces en un floreciente *tráfico monetario*. Además, el carácter del capitalismo, que no es puramente utilitario y práctico sino también libidinoso e irracional, se revela en este estadio: la acumulación proporciona al niño un enorme placer.⁸

Sólo hay que dar un paso más para asimilar completamente las heces con el dinero. Muy pronto los pedruscos comienzan a herir el gusto del niño por la higiene -aspira a algo más limpio- y esto se lo ofrecen las *piezas de moneda* brillantes, a cuya estima contribuye también el respeto que los adultos manifiestan por el dinero, así como la posibilidad seductora de conseguir por este medio todo lo que puede desear un corazón infantil. En principio, no son, sin embargo, estas consideraciones puramente prácticas las que intervienen, sino más bien la alegría de reunir y de contemplar las piezas de metal brillantes; de manera que incluso las piezas de moneda son estimadas más como objetos en sí mismos dispensadores de placer que por su mero valor económico. El ojo se complace en ver su brillo y su color, el oído en escuchar su tintineo metálico,

5.- Ya he indicado en otro lugar el papel que el interés por las *flatulencias* durante la infancia desempeña probablemente en el sentido musical que aparece más tarde (Ferenczi, O. C., t. I, “Palabras obscenas”).

6.- Ferenczi juega aquí con la polisemia del adjetivo alemán “steinreich”, que significa por una parte “rico en piedras” y por otra “riquísimo”. (N. del T.).

7.- Cf. Lou Andreas-Salomé: “Von frühen Gottesdienst”, *Imago*, II, 1913.

8.- La palabra alemana “Besitz” (posesión) muestra además que el hombre intenta también representar en el lenguaje la cosa valiosa que le pertenece mediante “aquello sobre lo que se sienta”. Los racionalistas se contentaron sin duda con la explicación según la cual “aquello sobre lo que uno se sienta” intenta expresar la voluntad de ocultar, salvaguardar y defender el objeto precioso. Pero el hecho de que sean precisamente las nalgas y no las manos -que sería más natural en el hombre- las que sirven aquí para representar la protección y la defensa habla en favor de una concepción según la cual la palabra “Besitz” (posesión) sería también un símbolo coprófilo. La última palabra la tiene sin duda un filólogo que posea una formación analítica.

el tacto en manejar esos pequeños discos lisos y redondos; sólo el olfato queda inédito, mientras que el gusto debe contentarse con el sabor metálico débil, pero muy especial de la moneda. En estos momentos el simbolismo del dinero ha llegado al término de su desarrollo. El gozo vinculado al contenido intestinal se convierte en un placer procurado por el dinero que, según hemos visto, no es otra cosa que *excreciones desodorizadas, deshidratadas y abrillantadas. Pecunia non olet.*

Mientras tanto se ha desarrollado la facultad de pensar, ha progresado en el camino de la lógica, aunque el interés simbólico por el dinero va a extenderse en el adulto no sólo a los objetos que poseen características físicas análogas sino a todo tipo de cosas que, en cierto modo, significan valor o posesión (billetes, acciones, libreta de ahorros, etc.). Sin embargo, sea cual fuera la forma del dinero, el placer procurado por su posesión halla su fuente más profunda y más fecunda en la coprofilia. Toda sociología o economía racional que examine los hechos sin prejuicios deberá contar con este elemento irracional. Los problemas sociales sólo podrán resolverse descubriendo la psicología efectiva de los seres humanos; las meras especulaciones sobre las condiciones económicas no conducirán nunca a nada.

Una parte del erotismo anal no está ni siquiera sublimado y subsiste bajo su forma de manifestaciones primitivas.⁹ Incluso el hombre normal más civilizado concede a sus propias *funciones de evacuación* un interés que se halla en extraña contradicción con el horror y el desagrado que manifiestan si se trata de otra persona o si oye hablar de ello. Como se sabe, los extranjeros y las razas extrañas no pueden “olerse”. Pero además de esta supervivencia, existe también un *retorno* de lo que propiamente hablando se oculta tras el símbolo del dinero. Los problemas de la defecación consecutivos a un ataque al complejo del dinero, que Freud ha sido el primero en observar, son ejemplos de ello.¹⁰ Otro ejemplo, singular, pero que he señalado muchas veces, nos lo proporcionan ciertas personas que se muestran ahorrativas en lo que concierne al campo de ropa interior de manera desproporcionada a su nivel de vida. Esta parsimonia debe atribuirse en definitiva al carácter anal que trata de recuperar una parte del erotismo anal (tolerancia de la suciedad). El ejemplo siguiente es aún más llamativo: un paciente, que pretendía no tener ningún recuerdo de manipulaciones coprófilas, contaba espontáneamente un poco más tarde que le gustaban especialmente las piezas de cobre brillantes y que había inventado un procedimiento original para hacerlas brillar: se tragaba la pieza y luego hurgaba en sus heces hasta que la encontraba, abrillantada debido a su paso por los intestinos.¹¹

El placer suscitado por un objeto limpio se convirtió en este caso en pretexto para satisfacción del erotismo más primitivo. Es extraño que este paciente pudiera engañarse a sí mismo sobre el significado real de su comportamiento, que resulta transparente.

Dejando aparte estos ejemplos sorprendentes, se puede observar con frecuencia en la vida cotidiana el placer erótico que se consigue acumulando y reuniendo oro y otras piezas de moneda, y “rebuscando”

9.- La cantidad de *erotismo anal* dada constitucionalmente se reparte en el adulto entre las formaciones psíquicas más diversas. Derivan de: 1.º, los rasgos de carácter anal en el sentido que les da Freud; 2.º, las tendencias estéticas y los intereses artísticos; 3.º, la hipocondría; 4.º, lo restante que permanece sin sublimar. Según la proporción de la parte sublimada y de la parte inicial de erotismo anal y según la preferencia en tal o cual forma de sublimación, se forman los tipos de carácter más variado, cada uno de los cuales depende naturalmente de condiciones particulares. Las características anales se hallan particularmente adaptadas a una orientación caracterológica rápida relativa a un individuo e incluso a *razas* enteras. El *carácter anal*, con su amor a la higiene y al orden, su testarudez y su avaricia, contrasta vivamente con un *erotismo anal* intenso, que *estolerante* con la suciedad, pródigo y bueno.

10.- “El análisis descubre a menudo que las perturbaciones pasajeras de la defecación (diarrea, constipación) corresponden a regresiones del carácter anal. Una de mis pacientes presentaba una violenta diarrea a fin de mes, en el momento de enviar las mensualidades que asignaba a sus padres. Otro compensaba los honorarios enviados mediante una abundante producción de gases intestinales.” (Ferenczi: “Síntomas transitorios durante un psicoanálisis”. O. C., t. I.).

11.- Este caso me recuerda el chiste coprófilo en el que se alude al médico que acaba de recuperar mediante un laxante la moneda tragada por un niño, y al que se le paga mediante esa misma moneda. Sobre la identificación del dinero y las heces, ver también el cuento “Eslein, streck’ dich”. La palabra alemana “Losung” significa beneficios (en los negocios) y también estiércol de la caza en el vocabulario de los cazadores.

voluptuosamente en el dinero. Muchas personas firman con facilidad un documento que les obliga a pagar importantes sumas de dinero y gastan fácilmente muchos billetes de banco, pero se muestran extrañamente reticentes cuando se trata de desembolsar piezas de oro o incluso calderilla. Las piezas de moneda se les “pegan” literalmente a los dedos. (Cf. la expresión “capital líquido” y su contraria “dinero seco”, que se ha utilizado en el Franco-Condado.)

El desarrollo ontogenético del interés por el dinero tal como lo hemos esbozado aquí presenta, sin duda, diferencias individuales que dependen de las condiciones de vida; puede considerarse como un proceso psíquico propio de los hombres civilizados de nuestra época, que tiende a realizarse, de una manera u otra, en las circunstancias más variadas. Uno está tentado de ver en su tendencia evolutiva una característica de la especie humana y de suponer que el principio fundamental de la biogénesis es válido también para la formación del símbolo del dinero. Es de esperar que una comparación en el ámbito de la filogénesis y de la historia de las civilizaciones haga aparecer un cierto paralelismo entre el desarrollo individual aquí descrito y el del símbolo del dinero en la especie humana. Posiblemente se hallará entonces la significación de las pequeñas piedras coloreadas del hombre primitivo, descubiertas en gran cantidad en las excavaciones efectuadas en las cavernas; las observaciones sobre el erotismo anal de los *salvajes* (los hombres primitivos de nuestra época que viven aún en el estadio del trueque o del dinero en forma de piedras o de conchas) podrán hacer avanzar considerablemente estas investigaciones sobre la historia de las civilizaciones.

Sin embargo, nuestra exposición nos permite de aquí en adelante suponer que el interés capitalista, que progresa conjuntamente con el desarrollo, no está sólo al servicio de objetivos prácticos y egoístas, como el *principio de realidad*, sino que el placer procurado en la posesión del oro o del dinero presenta, en forma de condensación, el sustituto simbólico y la formación reactiva del erotismo anal y de la coprofilia rechazados, dicho de otro modo, que satisface también el *principio de placer*.

El impulso capitalista contiene en consecuencia, según nuestra concepción, un componente egoísta y un componente erótico anal.

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.